

**Please  
Do Not  
Remove...  
Desk Copy**

**L**os análisis de la realidad social suelen hacerse desde distintas perspectivas y a partir de diferentes intereses, de forma manifiesta o combinada. Hay análisis con rigor científico, donde se busca comprobar la adecuación de un modelo teórico y donde se procede de manera minuciosa a buscar conceptos cada vez más precisos para explicar los procesos de la dinámica social; hay estudios que parten desde alguna perspectiva ideológica y tratan, con una argumentación más o menos coherente, de aportar una conclusión adecuada a los valores ideológicos que se suscriben; también los hay que buscan agrandar el ego del autor, los que ocultan motivaciones “políticamente incorrectas”, para hablar con una expresión puesta de moda; los hay también por encargo, donde el escritor defiende los intereses de algún grupo social, con fines éticamente válidos, o también, a veces, poco aceptables. Pero son escasos los que suelen hacerse desde un compromiso personal desinteresado con su objeto, tratando de encontrar elementos que propongan alguna mejoría progresiva de quienes son estudiados y analizados, en un sincero y honesto interés por un mundo mejor para todos.

El trabajo de Alejandra Rangel se ajusta a esta última categoría, sin desmedro del rigor científico pero también sin intereses que ocultar. Ya en el título, se enlazan tres términos que tienen por sí mismos una tradición de complejas trayectorias y estructuras: participación política, mujeres y movimientos sociales. Y todo el texto trata de dar cuenta de la compleja trama de enlaces y desenlaces de esos conceptos, desde la perspectiva de la teoría social pero también, más importante, desde una realidad —de la que se han hecho muchos comentarios y se han vertido infinidad de opiniones, pero que al mismo tiempo ha sido poco estudiada— de una colonia marginal de este conglomerado

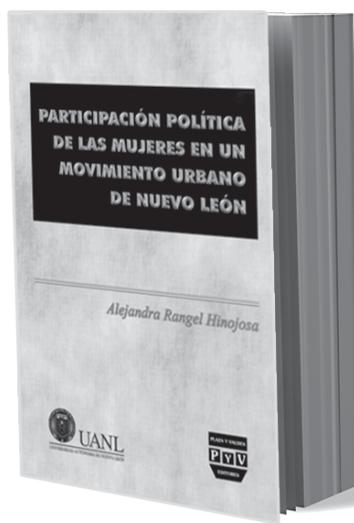
urbano en que nos tocó vivir.

Como casi todos sabemos —en la mayoría de los casos por experiencia personal— la participación política de los mexicanos estuvo controlada por muchos años por los aparatos del estado de acuerdo con las necesidades del régimen. Sin embargo, el último cuarto del siglo XX nos presentó un rasgo que había estado relativamente ausente en los países latinoamericanos, pero que desde ese momento apareció compartido entre casi todos ellos, la decidida y activa presencia femenina en los movimientos sociales de reivindicación y cambio. ¿Coincidencia coyuntural o condición histórica-

mente determinada? Excluidas de los modos tradicionales de hacer política, encontraron en los movimientos sociales una forma de escapar a los condicionamientos de la dominación patriarcal, en una acción no exenta de presiones a la distorsión y para la vuelta a la “buena senda”. Esta dinámica, en las que los aparatos estatales suelen recurrir a varios modos de cooptación, entre los cuales el clientelismo, cuando no la compra decidida y franca de los líderes suelen ser el *modus operandi*, es analizada de manera clara y sin prejuicios por la autora, mostrando lo complejo de una realidad que no siempre puede dar cuentas claras de una ética trans-

# CABALLERÍA

## De **MUJERES** y política



**TÍTULO:** Participación política de las mujeres en un movimiento urbano de Nuevo León

**AUTORA:** Alejandra Rangel Hinojosa

**EDITORIAL:** UANL / Plaza y Valdez

**AÑO:** 2006

parente, pero que así parece estar determinada de una manera quizá evitable. La descripción de todos estos mecanismos se hace de una manera diáfana, relatando anécdotas esclarecedoras y sin caer en expresiones condenatorias de un hablante que se cree dueño de la ética —vicio que encontramos en muchos pretendidos líderes e intelectuales—, pero sin ocultar condiciones que deberían ser erradicadas de las prácticas políticas, si es que realmente queremos que México se integre como país de democracia plena.

Las democracias calificadas de liberales que aparecieron en Occidente en el transcurso del siglo XIX y que hoy pretenden imitar la mayoría de los países del mundo, hicieron de la acción del voto y la mediación de los partidos políticos el mecanismo excluyente de participación política. Partiendo de un supuesto falso, el interés universal de los ciudadanos por la acción política, dejaron a un lado las muchas otras formas de inserción real de la gente en la acción política y en sus posibilidades concretas; esta lógica de inclusión que implica exclusiones olvidó también una de las promesas de la democracia, la de una acción participativa y comprometida permanentemente. En nuestro caso —me refiero a México— se presentó una deformación adicional, la ausencia durante muchos años de auténticos partidos políticos —ni siquiera el que así se reivindicaba lo era. Las cadenas de transmisión directa entre población y gobierno estuvieron rotas y la mediación entre estos dos sectores quedó en manos de intercesores que, con méritos o sin ellos, se convirtieron en los elementos nucleares del funcionamiento de todo el sistema. Pero, al no estar insertados en estructuras que otorgaran sentido a su acción individual, terminaban siendo funcionales para un régimen que se autopropetaba en su propio beneficio. Más allá todavía, se

trata hoy del pasaje de una democracia de electores a una democracia de ciudadanos y la experiencia analizada en este libro es una valiosa contribución para ello.

Mujer es un término que despierta pasiones pero no siempre buenas intenciones. Cultural, política, económica y socialmente la sola mención provoca, en cualquier contexto, una saga de prejuicios y contradicciones, aunque también de análisis sensatos y pertinentes. En este punto, como en los anteriores, la autora resuelve las dificultades con sencillez sin descuidar la profundidad. Luchando en un territorio cuyas reglas de juego estaban definidas por el macho dominante, las mujeres de este estudio lograron superar ese condicionamiento y convertirse en promotoras de una nueva forma de hacer política, donde la acción construyó la conciencia. Pero no dejaron a un lado las tareas y deberes “propios de mujeres” sino que los integraron a su trabajo social y político, entendiendo que no hay individuos liberados sin hogar liberado y que no hay sociedad liberada sin individuos liberados, sin que la primacía de la acción social pueda mostrar una hegemonía que sólo puede funcionar dialécticamente. Hablar de mujer no puede soslayar el tema de los cuerpos y las formas de dominación sexuadas y tampoco se omite el problema. En este punto, sin embargo, me parece que es mucho lo que todavía nos queda por indagar: una no siempre autoconsciente de su machismo teórica política ha sostenido la masculinidad como elemento asociado al poder y a la sexualidad como su expresión fáctica. El mito del poderío sexual del líder masculino, revelado también en creencias populares y en expresiones como la de aquella manta que decía “Marcos, queremos contigo”, hizo de estas relaciones una forma, quizá alienada, de entenderlas. ¿Cómo se presenta esta relación en aquellos líderes que no son hom-

bres? Si pudiéramos profundizar en este punto, probablemente podamos entender mejor las relaciones entre líderes y seguidores en el plano político y social.

Las correspondencias del triángulo participación-mujer-movimientos es presentada aquí con su contribución a la transformación social, no la de las grandes transformaciones que han sido muchas veces prometidas por movimientos revolucionarios que suelen culminar, la mayoría de las veces, en regresiones, sino la de las transformaciones que efectivamente han contado en la historia, la de seres comprometidos en su vida cotidiana que empeñosamente y superando las adversidades se han propuesto un mundo un poco mejor.

Es de esperar que los compromisos sociales y políticos de Alejandra no nos priven en el futuro de entregas tan valiosas como ésta.

*José María Infante*

---

---

## A propósito DE PELTRE



**TÍTULO:** *Peltre*,  
en Premio Salvador Gallardo Dávalos 2005

**AUTOR:** Jorge Saucedo

**EDITORIAL:** Instituto Cultural de  
Aguascalientes

**AÑO:** 2006

¿no es excesivo soñar con peces entre pájaros mendigos?  
 ¿no es la cara que opone esta hora de la tarde una razón para besar?  
 conozco las ratas que corren por esta acera sus rápidas salidas  
 su cola astuta en el juego del revés  
 al cartón sucede el periódico en el asiento que construyo  
 a la noche de ayer sigue esta hora que se coloca siempre un poco delante de mí  
 y como la niña de piernas descubiertas me sonríe  
 ¿no es la esperanza esta colmena que no alcanzo a escuchar,  
 pero que miro con la oreja ansiosa por tomar un trozo de mirada?  
 no he dejado de soñar con el olor del chile el chile es una caminata que  
 [empieza en esta puerta  
 camino por ella como si habitara una casa persistente porque la voz del  
 [tirano de bigote ralo permanece más que yo  
 que muerto no escucharé su voz que flota sin moverse en el olor del chile  
 que todos con distintas caras en diferentes direcciones respiramos  
 y es su voz como habitar una casa que durará más que la sonrisa  
 tan débil sin lonas ni cuerdas que forman el templete sobre los aguacates  
 sobre la voz de todos los que en diferentes direcciones al mismo tiempo  
 [caminamos  
 (de “Una mujer bailó la polka”)

**E**l desarrollo de una arquitectura y la presencia de una instalación urbana policromática y nutrida, sobrecargada de vecindad y ruido, de olor a chile y a mercado, se funden en el paisaje de este jardín no botánico titulado *Peltre*, cuyo fondo opera desde esas puertas que son los 25 poemas que integran el libro con el cual Jorge Saucedo mereció el premio Salvador Gallardo Dávalos 2005. En estos poemas asoma la belleza con una cara más que personal, un rostro apartado de lo consabidamente poético, diferenciado en su visión nostálgica por un amor que viaja tiritando en el extremo.

“Sólo lo transparente nos seduce”, dice un verso de Nicanor Parra. Pues bien, en este poemario estamos ante la transparencia de un jardín que explora lo que una ciudad no quiere mostrar, lo políticamente inviable para las fotografías de las visitas presidenciales. Digamos que tenemos, para empezar, el baile, la polka en el Mercado Juárez, la danza de una mujer que no es otra que Monterrey: “(...) ¿no es asombroso el cuerpo de la calle y su vaivén de fierros?”

Nada es en vano. No es en vano

que el libro inicie su baile en el Mercado Juárez. Un sitio popular, asentamiento quizás del comercio más viejo del centro de la ciudad; una plaza por la que necesariamente pasaban y pasan los pobladores del mundo rural que iniciaban e inician su peregrinaje y su destino en esta gran urbe que, a su vez, si les va bien, los estrena comprando su fuerza de trabajo. Un mercado, somos un mercado grande y populoso. Un sitio para la compraventa, una mujer que baila y que se vende. Y por este cuerpo de mujer que es una ciudad hay grietas, cicatrices, calles, una “Avenida” que se abre para mostrarnos

...un mar de municiones  
 se llamaba Lucía como La Habana  
 o rumor como se llaman las cataratas tan céntricas de Monterrey  
 se llamaba alguna vez hija del puente hermana de mi mano  
 [que alza la mano para desarrollar un árbol  
 pues no sé lo que es imaginar que ella  
 [se levantó con la intención  
 [de pervertir  
 la recta confusión de lenguas del  
 [mercado

que conservó la primera risa y pre-  
 [meditaba el llanto que me causan  
 [las primeras risas  
 tan conmovedoramente sostenidas

La poesía más que leerse debe verse, como escribió Garcilaso de la Vega en su segunda égloga. *Peltre* me llevó a ver o, más bien, a detenerme con los ojos del alma en este paisaje de miseria y olvido, tan vívido, tan entrañable que es el Monterrey del centro, a cuyos habitantes hoy se les llama *chamucos* en las zonas residenciales. A los vecinos del centro se les conoce hoy como diablos, como si la infancia de pronto se tiñera de rojo y aparecieran congales y se consumieran crímenes donde antes fueron casas y parques. El centro de Monterrey cuyo prestigio familiar de hace cuarenta años derivó en la zona roja. Lo marginal al centro y lo marginal alrededor, el anillo conurbado, connotan una geografía hasta cierto punto celeste hoy mancillada. Porque la nostalgia se atraganta y el llanto parece no salir. Es agudo el sentimiento de la infancia, por eso las palabras que se reiteran son agudas y hacen que el verso se prolongue, respire hondo, aguante, enfatizando la emoción con esa sílaba larga entre diptongo y consonante, como ejemplifican estas palabras que subrayo:

aquel metal acribillado por la *pasión*  
 [de un perro desorienta  
 [mi *consolación*  
 porque una cueva de cortinas duras  
 [corta la *respiración*  
 [a los ojos del enamorado  
 y allí no queda sino el sudor que  
 [de mantas y ceras se vacía  
 el rubio proceder del cirio, la cuenta  
 [de granos depositada  
 [por doscientos años en un sobre  
 de piedra  
 una música esculpida con manos des-  
 [cubiertas, refugio escalonado  
 [que nació de la profusa  
 promiscuidad de manos  
 de los hombres que jugaron con sus

[manos a construir el miedo,  
 [a edificar hermosos tallos,  
 a padecer en la cantera las fiebres  
 [de animales increíbles,  
 [el licencioso virus de peces  
 y caballos  
 de los hombres que, en fin como pe-  
 [queñas soflamas recurrieron  
 [a la tierra partida por el  
 rayo, a la prolongación de amores  
 [siniestros o locura, a la  
 [cadena que jala una mano  
 insoportable y remeda la lluvia  
 en las paredes del tallo una caliente  
 [voz se reproduce  
 y gritan las gitanas que se llaman  
 [Lorenzo y buscan a la virgen  
 hunden otro costal de tierra para  
 [desenterrar un eco, retablos,  
 [alabastros de puertas con  
 hojas que cortan su alimento y la  
 [pared de cera negra dura  
 como un piso

El erotismo que abrigan estos poemas es más aliento que pide clemencia, que anhela presencia, que busca el apego en un lugar en el que el tiempo sólo ficciona: “Una ficción de tarde”, (“Pez”); desde la noche prolongada de la miseria que no deja dormir en “Casa”, hasta una voz que enfatiza que la voz de la indigencia no sale: “Un hombre miraba la tarde”. Este adormecimiento que parece pronunciar la pobreza aquí baja como corriente de un río que divide la ciudad cuando llegan los huracanes.

Definitivamente *Peltre*, de Jorge Saucedo, es un poemario que privilegia una voz, la voz que del olor a chile y a hierbas del mercado, del olor a podrido de la fruta pasada en M. M. de Llano y del sonido de la polka, del acordeón acompasado y la tambora, pasa al gusto fino de la esperanza afilando la complejidad de lo sencillo, la riqueza de lo invisible, que emerge, que brota, que sucede en estas páginas de jardines violetas, puesto que hoy la tarde es violeta y la violenta el azul asfalto. De jardines variables e

iracundos donde se encuadra la visión por pequeñeces. Si hay películas que plantean tres escenarios al unísono para entretejer un entramado de las realidades planteadas como una sola realidad, este libro presenta enfoques sustantivos, rigurosos *close-ups*: “¿no se abrirán los brazos de esta tumba que reclama mi boca?”. Encuadres de la vida en la colonia Terminal, la Moderna, las plazas de Guadalupe, la Niño Artillero, la esencia de la poesía que está donde puedas mirarla, bajo la providencia de un encuentro, de la voz de Jorge Saucedo contigo, anhelado lector.

Lejos están estos poemas del facilismo y del lugar común. Encontraremos en ellos recovecos, techos y paredes herrumbrosas. La carretera esperando como un hilo de futuro, ¿hacia dónde nos llevará?

Desde el título entra el autor en los aprietos que plantea la realidad, porque la realidad *real* es la que presenta el lenguaje; cómo entonces explicarnos que en nuestro español no existe la palabra “escarapelar”, única que registra cualquier diccionario ante a lo que nos orilla el peltre usado: “descarapelar”. Se descarna el lenguaje porque la realidad es descarnada. Ante eso emerge la esperanza que sólo puede abrir la palabra que explora.

Minerva Margarita Villarreal

## Quando LA ESCRITURA es la última FUERZA VITAL

**TÍTULO:** *El fotógrafo Belga*  
**AUTOR:** Ricardo Cuadros  
**EDITORIAL:** RIL Editores  
**AÑO:** 2006

**C**onfieso mi interés por la narrativa latinoamericana, mi preocupación por seguir, en la medida de lo posible, las manifestaciones más recientes. Empresa imposible, lo sé. Sin embargo, no es necesario conocer la totalidad de una producción para adentrarnos en sus particularidades, para ensayar algún juicio inevitablemente rebatible. Hoy he terminado la lectura de *El fotógrafo belga*, la última novela del escritor chileno Ricardo Cuadros, y puedo decir que, al ensayar sus propias formas expresivas, esta obra confirma



un largo proceso de transformación en nuestras letras. Hablo no sólo de experimentación sino de desplazamiento, del testimonio de una larga y cruenta historia de pérdidas y olvidos forzados. Esta novela se une a una particular lista de obras (y de autores) que se crearon (se formaron) fuera de nuestras regiones, escapando a las estrechas miras de las clasificaciones locales. Expresiones, o mejor: sublimaciones de un exilio real o imaginario que obligó a una o dos generaciones de escritores a inventarse sus propias tradiciones, los orilló a la necesidad de imaginar países perdidos al otro lado del mar. Creadores que experimentaron, en su temprana juventud, la caída estrepitosa de las utopías latinoamericanas de la década del sesenta: ese período que se abrió esperanzadoramente con el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y comenzó a desmoronarse con el golpe de Pinochet en Chile aquel fatídico 11 de septiembre

de 1973. La debacle incluía, por supuesto, a la literatura misma: la hegemonía del *boom* narrativo se había ido poco a poco difuminando en tristes y poco afortunados epifenómenos que no hacían sino alargar, desvirtuándolo, el débil eco de los grandes proyectos narrativos de los años sesenta. Huérfanos tempranos de nuestra historia literaria, estos escritores ni siguieron la ruta segura de los amanuenses del *boom* ni se conformaron con las nuevas modas narrativas que empezaban a circular en el ámbito occidental.

Hablo de autores que leían y escribían desde territorios ignotos, desconocidos para la Historia Literaria y la Literatura misma, instituciones con mayúsculas que entonces todavía habitaban las amplias habitaciones de llamada “alta cultura”. Y aún hoy, con todas las transformaciones y desplazamientos (surgimiento de “otras literaturas”, cambios de paradigma, hegemonía de las industrias culturales), siguen produciendo desde lugares inusuales: porque el desencanto no terminó con la sonada vuelta a las democracias de los noventa. La desilusión y la decepción permanecen intactas hasta nuestros días. El despotismo de las dictaduras militares se trocó por la indiferencia de la globalización.

El *fotógrafo belga* narra el gradual descenso, el viaje sin retorno, de Waldo Pereira, un exiliado chileno que vive dando tumbos por Europa. Una casualidad lo convierte, primero, en el fotógrafo de una periodista belga y, posteriormente y para facilitar su trabajo, en su esposo: trámite preciso para obtener la nacionalidad de ese país. Lo demás es la narración que el propio Waldo se encarga de registrar en sus múltiples cuadernos escolares. La detonación: fotografiar la tumba de Jean Genet en Larache, Marruecos, y cumplir con ello la postrera petición de Mónica Alvarado, chilena y exiliada como él, pero que, a diferencia de Waldo, decide regre-

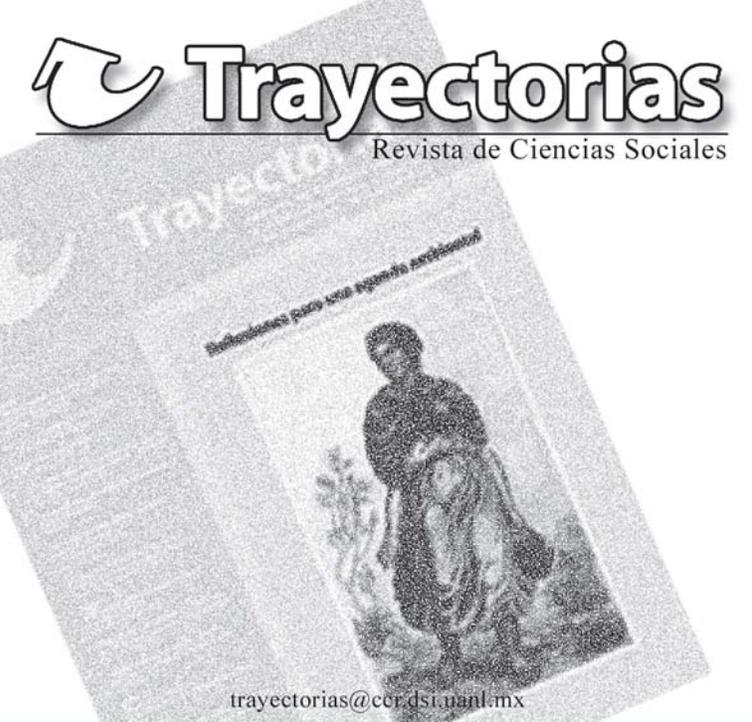
sar a Chile a construir o reconstruir una historia familiar.

La novela empieza con el relato de Pereira: su encuentro (o desencuentro) con el mundo y paisaje marroquíes. Todo puede pasar, el pretexto (la fotografía de esa mítica tumba) detona un sinnúmero de posibilidades exploratorias. Dos viajes se inician: uno hacia el interior del desierto africano, otro no menos escabroso hacia el pasado de Pereira. Dos tiempos también: Pereira registra el presente al manipular el obturador de la cámara y reconstruye el pasado al escribir en sus cuadernos. Las dos travesías llevan a la misma sensación de despojo, de pérdida.

La historia familiar, problemática y dolorosamente cercana (mucho más próxima de lo que el narrador suponía); la soledad compartida en Ámsterdam; la superficial consagra-

ción profesional en Barcelona; el inevitable retorno a Chile (con los reencuentros que ello supone); el viaje final a Marruecos. Todo se ordena o desordena en los cuadernos, en ellos Pereira escribe que está escribiendo una imposible historia, la suya (la cual nos llegará salvada del desierto como algunas tablillas de arcilla). Busca el sentido y sólo encuentra desolación. Confrontación imposible: la escritura se convierte en espejo y muchas veces la propia mirada es la más insoportable. Pereira escribe para desconocerse, para volverse otro y así poder mirarse con plena libertad. Tarea superior a cualquier esfuerzo humano de comprensión.

Verme así, incluido, formando parte de situaciones de las que sólo recuerdo la superficie, me produce la sensación de caída en un abismo



**Trayectorias**  
Revista de Ciencias Sociales

Indicaciones para sus agentes académicos

trayectorias@cer.dsi.unam.mx

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías Av. Alfonso Reyes  
4000 norte, C.P. 64400 Monterrey, México Tel / Fax: 8329 4112

# Trayectorias

Revista de Ciencias Sociales

trayectorias@ccr.dsi.uanl.mx

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías Av. Alfonso Reyes  
4000 norte, C.P. 64400 Monterrey, México Tel / Fax: 8329 4112



de bolsillo: escribo aquí que escribía en otro tiempo, algo que no recuerdo, un agujero negro. O tal vez ya estoy dividido, desdoblado, y soy varias personas. No es mala idea. Algunas de ellas recuerdan, otras no. (239)

Tales bifurcaciones prefiguran un relato diverso que, sin embargo, no pierde nunca la coherencia, esa particular ordenación de palabras, espacios y tiempos. En un sentido más profundo, *El fotógrafo belga* es la voz de una circunstancia silenciada, forzada al olvido. Un narrador que apela, o mejor, interpela a sus pares, a los fantasmas de su propia generación. Profunda llamada de atención a la misma historia literaria latinoamericana que no ha sabido dar cuenta (cabalmente) de esas voces dispersas, despojadas de toda esperanza. Porque Waldo Pereira escribe para el pasado, se remite a todos los espacios perdidos, busca el diálogo con figuras desaparecidas, borradas por el vendaval de los tiempos actuales. Y no queda nada, salvo la escritura; cuando nuestro protagonista lo pierde todo, hasta sus cámaras fotográficas, se sujeta sólo a sus cuadernos: son el oasis en medio de un desierto literal y metafórico. Es interesante el

contraste sugerido aquí: letra y arena, dos contrarios poderosos, la primera remite a la permanencia; la segunda, a la fugacidad. La comunión de estos opuestos es sólo posible en la literatura. Pereira va de la “realidad” a la escritura tal vez porque sólo en ella la incertidumbre se vuelve habitable, un lugar menos inhóspito y que no pide nada que no estemos dispuestos a dar. La literatura es casi siempre un lugar de conversión: cuando llegamos a ella hemos aceptado tácitamente la transformación. Es un viaje sin retorno porque, si volvemos, lo hacemos de manera diferente.

Tal es el registro múltiple de *El fotógrafo belga*: una historia que son muchas porque se concentra en una sola experiencia. El rastreo interior no impide, por cierto, una atenta y creativa mirada del universo marroquí. Una primera lectura asociaría este relato con algunas obras canónicas sobre el tema: ciertas novelas de Paul Bowles, las narraciones más significativas de William Burroughs y en general la larga tradición literaria que va de Marco Polo hasta J. M. Coetzee, pasando por Flaubert. La diferencia radicaría en que el protagonista de *El fotógrafo...* no es el típico —o atípico— occidental que se fastidia del orden metropolitano y se

refugia en las dunas de lo exótico. Waldo Pereira procede de un mundo de pérdidas irrecuperables (la supuesta armonía familiar, la idealizada república de Chile). Tan extraño se siente en Marruecos como en Holanda. ¿A dónde ir? ¿A dónde remitirse? ¿Para quién escribir?

La novela, así, se transforma en un gran cuestionamiento, en una abierta forma de inquisición al lector, a sus pares, a sus críticos. ¿Cuánta dosis de desolación, o mejor de incomunicación y desconocimiento podemos soportar? No hay aquí fórmulas ni frases hechas, todo es escritura sobre escritura, historia que no termina de contarse, Biblia personal donde cada episodio de la vida es un capítulo aparte. Genealogía y Apocalipsis. Pero sin ningún designio exterior, sólo la fortuna o desgracias personales. Ante tal cuestionamiento no nos queda sino la inmersión en la lectura y la redacción de nuevas notas que intenten dar cuenta de estos novísimos derroteros, de estas ignotas situaciones en las que se pierde todo, salvo el último aliento, aquel capaz de luchar y dar batalla contra el olvido y la muerte: la escritura.

Victor Barrera Enderle